

Trece

José María Pérez Zúñiga

Tal día como hoy, trece de julio, el primero de sus vacaciones, a eso de las nueve de la mañana Jacinto llegó a la conclusión de que la actualidad era algo difícil de soportar. Así que, ni corto ni perezoso, decidió que a partir de ese momento no iba a encender la televisión ni la radio ni a leer los periódicos, ni siquiera el correo electrónico, por miedo a que se le colase otra mala noticia. Contento con su resolución, apuntó en una libreta todo lo que necesitaba para encerrarse en casa durante su mes de vacaciones, esperado por otra parte con ansiedad. Había en la lista cincuenta litros de cerveza, cien latas de atún, veinticinco kilos de espagueti, treinta botes de tomate frito y otros tantos de gazpacho, un jamón serrano y otro cocido, dos cajas de leche y tres garrafas de zumo de naranja, sin olvidar el kit-anticatástrofes nucleares y naturales de las novelas de ciencia-ficción, sus favoritas. Descontando los tres días que requirió para hacer la compra y los dos que pasó tumbado para reponerse del esfuerzo, a Jacinto se le iba el tiempo volando, por lo que se aleccionó para aprovecharlo minuciosamente. Apuntó en su libreta los veinticinco clásicos que vería durante esos días –ya se le habían esfumado cinco- y los diez libros que siempre había querido leer y volvió a la calle. Pero ya fuera por su gusto demasiado exigente o por la exigua oferta existente en los grandes almacenes, al tercer día se convenció de que antes de que pudiera completar su nueva lista se acabarían sus vacaciones. Repitiéndose una y otra vez que no volvería cometer el mismo error, se encerró en casa con diez películas y cuatro libros y la despensa prácticamente intacta, dispuesto a aprovechar los veintidós días restantes. Pero

quitando los dos que necesitó para recuperarse de la tensión sufrida por su mala suerte, los tres que empleó en decidir la película que vería y el libro que iba a empezar a leer, y las treinta y seis horas que se pasó durmiendo la borrachera causada por el consumo ávido de una cuarta parte de la cerveza, Jacinto descubrió que de sus vacaciones sólo le quedaban quince días y medio. Fue entonces cuando, desesperado, decidió llamar a una agencia de viajes. Pero como tardó un día en elegir el destino de su viaje, otro en escoger la ropa que tendría que llevarse y cinco en terminar con la cerveza de la que tanto trabajo le costaba desprenderse, Jacinto se dio cuenta –maldita la hora- de que sus vacaciones se habían reducido a ocho días y medio. Quitando el día que precisó para resolver si anulaba y anular finalmente el viaje, el medio que ocupó en deshacer la maleta y los cuatro que estuvo llorando arrepentido por su indecisión y, sobre todo, por haberse bebido toda la cerveza, Jacinto decidió volver a vivir en la actualidad y, de paso, salir a la calle. Tres días necesitó para comprender por qué no había sucedido absolutamente nada en su mes de vacaciones.